

## DE LA IMPRENTA AL LECTOR. RESEÑA HISTÓRICA DE LA EDICIÓN DE LIBROS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS EN BUENOS AIRES (1810-1900)

*María Eugenia Costa*

*Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

*[eugeniacostra@fba.unlp.edu.ar](mailto:eugeniacostra@fba.unlp.edu.ar); [costa\\_eugenia@yahoo.com.ar](mailto:costa_eugenia@yahoo.com.ar)*

### Resumen

El análisis de las condiciones de la edición porteña, con relación a las modalidades de la circulación de libros y publicaciones periódicas durante el siglo XIX, es una problemática de creciente interés para la historiografía. A partir de los aportes de diversas corrientes (la historia socio-cultural del libro y de la lectura, la crítica textual, la bibliografía analítica, la sociología de los textos) se intenta construir una reseña histórica que sirva como marco referencial. Se parte de la concepción de que no se puede disociar las significaciones simbólicas de las formas textuales o soportes materiales que las transmiten. Se consideran también la función social y política de las ediciones.

El objetivo del presente informe es analizar los criterios de impresión y los mecanismos de comercialización o difusión de los textos editados o importados a lo largo del período. Se plantea asimismo abordar los contenidos de los impresos y los modos de apropiación de los diferentes lectores u oidores, de acuerdo con sus respectivas condiciones sociales y económicas.

Palabras clave: historia de la edición, prácticas de lectura, siglo XIX

La actividad editorial porteña puede ser considerada como un espacio de trabajo interdisciplinario, sujeto a múltiples transformaciones a lo largo del siglo XIX. El análisis de las modalidades de inscripción y circulación de los discursos escritos durante este período, requiere tener en cuenta diferentes momentos dentro de un complejo proceso colaborativo, en donde se producen intervenciones de distintos agentes sociales: autores o redactores, tipógrafos, “punzonistas” o fundidores, cajistas o “componedores”, impresores, correctores, ilustradores (grabadores, fotógrafos), encuadernadores, libreros, distribuidores, “editores”, hasta llegar a los lectores. En el abordaje de este proceso, se articulan las perspectivas de la historia socio-cultural del libro y de la lectura con los aportes de la crítica textual, la bibliografía analítica y la sociología de los textos. En particular, se plantea la incidencia de la materialidad de los textos sobre los códigos y las prácticas lectoras (Chartier, 2000, Parada, 2007). En este sentido, se analizan no sólo las condiciones técnicas de las publicaciones sino también los contextos socioculturales que inciden en la circulación o comercialización y en la apropiación (material y cognitiva) por parte de los lectores de los distintos tipos de textos impresos.

Es de destacar que esta temática, si bien ha sido poco desarrollada por la historiografía argentina tradicional, en la actualidad, varios autores de distintas disciplinas abordan aspectos vinculados no sólo con las ediciones de libros, revistas y diarios sino también a las modalidades de lectura en Buenos Aires durante el siglo XIX (1). Otras cuestiones que no han sido suficientemente abordadas en nuestro medio son las relativas a la estructuración gráfica y a la impaginación de los textos (Torné, 2001).

En función de esta compleja problemática, este informe intenta reseñar algunos de los principales rasgos del mencionado proceso colaborativo (material, técnico e intelectual) y construir un marco histórico referencial. Se parte de la concepción de que no se puede separar el estudio de las condiciones de publicación de los textos y la interpretación de su sentido. De esta manera, no se disocia la elaboración de significaciones simbólicas de las formas textuales o soportes materiales que las transmiten (Chartier, 1993). La corporeidad física donde se ‘posicionan’ los textos, incluye –tácitamente– los universos interpretativos y las prácticas de los lectores, como así también las actividades de aquellos que ‘hacen’ a la construcción y a la distribución no sólo de la “cultura escrita” sino también de la “cultura de lo visible”, mediante la incorporación de ilustraciones (Petrucchi, 1999; Szir, 2008).

En este sentido, el análisis en torno a la historicidad de los impresos adquiere pleno significado si se considera la difusión tanto de la lectura como de la escritura y su función social. Por un lado, se tienen en cuenta los mecanismos de transmisión de la enseñanza y la extensión de los conocimientos básicos (2), ya que los impresos tienen un efecto multiplicador de las posibilidades de acceso para un público más amplio (Eujanian, 1999). Por otro lado, se identifican los productos tipográficos más significativos en una comunidad determinada, en especial las formas librerías. Por último se indagan, en un momento histórico dado, los significados sociales que adquiere la posesión del saber leer-escribir como factor de movilidad e indicador de prestigio social.

De acuerdo con lo antedicho, en el presente informe se estudiarán los impresos porteños del siglo XIX desde lugares diferentes a

la tradicional historia del libro (3). El objetivo del mismo es analizar los espacios públicos y privados en los que circularon los diversos tipos de textos editados o importados a lo largo del período. Se plantea también abordar los usos y las apropiaciones que hicieron de los impresos los diferentes lectores, ya que estos desarrollaron prácticas y modalidades de lectura de acuerdo con sus respectivas condiciones sociales y económicas.

#### La producción impresa y el circuito de comercialización

El número de imprentas existentes en una ciudad indica el grado de actividad ligada a los campos cultural, periodístico y comercial. Con relación a los talleres de impresión porteños de principios del siglo XIX, se deben tener en cuenta tanto los establecimientos estatales como los privados. Entre los primeros se encontraba la Imprenta de Niños Expósitos, utilizada por los primeros gobiernos revolucionarios para la publicación de bandos, proclamas, resoluciones y otros impresos de distintos tamaños (Costa, 2008). Su equipamiento fue la base de la Imprenta del Estado establecida en 1824 por Rivadavia. Cabe mencionar asimismo las prensas de “Bacle y Cía.”, quien fundó el “Taller de Litografía” (1828) y luego “Imprenta Litográfica del Estado” (1830-1838). En ella se imprimieron retratos, mapas, planos, hojas de música, álbumes de imágenes costumbristas, etc. En 1855, las imprentas habían ascendido a diez, las librerías a once, pero las litografías eran sólo dos. En 1859, el número ascendió a doce imprentas y quince librerías (Eujanian, 1999, p. 559). Es de destacar en este período los inicios profesionales de Casavalle, quien en 1853 instaló en Buenos Aires un taller de impresión y durante la década publicó, entre otros materiales, los volúmenes iniciales de la “Biblioteca Americana”. En el siglo XIX, las casas impresoras estaban provistas, junto al material tipográfico, de gran cantidad de viñetas ornamentales con pequeñas ilustraciones. Entre 1860 y 1880, se incrementó progresivamente el número de establecimientos tipográficos, hasta llegar a unas ochenta y nueve imprentas en 1887.

La difusión de las obras dependía de su capacidad de venta y de ganancia. Es de destacar que, en la primera mitad del siglo XIX, gran parte de los libros que circulaban en Buenos Aires tenían un significativo sobreprecio porque eran traídos por barco principalmente de Francia y, en menor medida, de Inglaterra y Norteamérica (sin contar otras vías, legales e ilegales). Los importadores, negociantes y consignatarios, atendían a un público con intereses heterogéneos (por ello la variedad de títulos era muy amplia), pero se guiaban por las “novedades” editadas en Europa. Es de señalar que, desde mediados de siglo, el pie de imprenta “nacional” era agregado en muchos casos a obras impresas en España, Italia u otros países. Esto se debía no sólo a cuestiones de calidad sino al menor costo relativo de los libros publicados en el exterior (Eujanian, 1999, p. 571).

Los agentes que registraban los pedidos, distribuían y ubicaban los libros y algunos periódicos extranjeros entre varios sitios de venta, formales e informales (Parada, 2007, p. 89-90). El circuito de comercialización estaba conformado por una serie de incipientes “librerías” localizadas en torno a la “Manzana de las Luces” o en las inmediaciones de la “Plaza de la Victoria”. Esta concentración geográfica en la zona cívico-céntrica no se modificó a lo largo del siglo XIX. La mayoría de las librerías fueron regenteadas por extranjeros llegados al país a mediados de siglo, siendo predominante la presencia de españoles y franceses y, en menor medida, criollos, ingleses, italianos, alemanes, daneses y portugueses (4). Estos libreros-impresores tenían generalmente cierta experiencia en el oficio o estudios desarrollados en sus países de origen y solían desempeñarse como empleados antes de establecerse en forma independiente.

En las primeras etapas, las mencionadas librerías eran de carácter precario, generalmente no especializadas. En estas tiendas los libros, se vendían junto con diverso tipo de mercancías, incluyendo periódicos y almanaques. El comercio librero porteño se desarrollará recién a mediados de la década de 1820, si bien no es posible determinar la magnitud de las ventas de estas librerías (5). También, en forma paralela, existían lugares ocasionales de compra-venta de libros: almacenes, fondas, pulperías, tiendas, mercerías, litografías, imprentas, viviendas particulares, entre otros. Por ejemplo la Botica situada en Bolívar y Alsina se convertiría en la “Librería del Colegio” (1830). Ciertas personas ponían avisos publicitarios en los periódicos para comerciar en sus casas u ofrecían los libros en un remate. Es de destacar que las obras que se publicitaban a través de este medio eran las mismas que ofrecían las librerías y el monto que movieron estos lugares informales fue mucho mayor. Los referidos anuncios de libros e impresos a la venta incluían obras contemporáneas sobre historia, filosofía, derecho o política. Las librerías publicaban asimismo catálogos con la finalidad de dar a conocer sus existencias a los clientes (6). En la segunda mitad del siglo XIX se tendió a la especialización de las librerías por rubros, como por ejemplo la “científica” de Etchepareborda. La “Librería de Mayo” de Casavalle, fue un ámbito de sociabilidad para la elite porteña.

La producción en las imprentas porteñas de principios de siglo XIX estaba condicionada por la presencia o escasez de papel, la escasa mecanización de la actividad y los costos de las encuadernaciones (7). Los establecimientos particulares editaban libros en tiradas muy reducidas (en promedio no superaban a los quinientos ejemplares) y por lo general recurrían al patrimonio de los autores y a la suscripción de los lectores. Se recurría a los interesados que se comprometían a comprar un ejemplar. Con este sistema, los editores garantizaban poder costear la impresión. El subsidio del Estado era otra forma de financiación de las

publicaciones. El sistema de venta por suscripción o pago por adelantado, no sólo de libros sino también de periódicos y revistas, seguiría vigente hasta principios del siglo XX, ya que aseguraba un mercado estable (Eujanian, 1999).

Los títulos de las publicaciones editadas por las imprentas porteñas tenían en cuenta los intereses y los usos de los lectores en ese contexto histórico-social, y estaban pautadas por las modas literarias. En el decenio de 1810 prevalecieron pues impresos de filosofía política e historia y de pedagogía. Algunos de los textos educativos eran de índole científica y otros de tipo moralizante, ya que se trataba de libros de estudio, vinculados a la aparición de academias y otros organismos (8). Las bibliotecas de uso público, institucional o comercial de las primeras décadas del siglo XIX también se nutrieron de estas ediciones locales (9).

Desde la creación de la “Fundición Nacional de Tipos de Imprenta” (1869) fue posible conseguir material tipográfico sin necesidad de importarlo. A comienzos de 1870, la introducción de la máquina a vapor y, en la década siguiente, la incorporación de la rotativa contribuyeron a elevar el capital requerido para competir en el mercado y, al concentrar la actividad editorial, introdujo una mayor división del trabajo en el taller. Entre las dieciocho empresas dedicadas a la producción de libros en la década de 1860, se destacaba la imprenta de los Coni (1863) la cual posteriormente dominó la producción de libros durante la década de 1880. Asimismo se destacaron otras editoras (Biedma, Alsina, Stiller & Laass). De los treinta y ocho establecimientos de edición de libros que existían hacia 1879 se pasó a cincuenta y ocho en 1887. En 1880 siete establecimientos de edición de libros se llamaron a sí mismos “editores”. Poco después, en 1886, el número ascendió a veintidós. Al menos un tercio de las imprentas que editaban libros eran, también, imprentas de diarios y las restantes se ocupaban, por lo general, de cualquier tipo de trabajo de impresión. Aunque muchas de estas empresas desaparecían y las reemplazaban otras a lo largo del período, se fundaron algunas significativas casas editoriales que perdurarían en el siglo XX, entre ellas Kraft (1862), Peuser (1864), Estrada (1869).

En las décadas de 1860 a 1880 son significativas las múltiples publicaciones oficiales subvencionadas o costeadas y patrocinadas por el Estado, si bien hubo una tendencia al declive del mecenazgo estatal hacia fines del período (10). En la década de 1880 en Buenos Aires se produce una expansión del mercado de bienes culturales en el marco del proceso general de modernización social. Se editaban textos de pedagogía (fundamentalmente para la enseñanza elemental pero también universitaria) y obras de literatura (tanto extranjera como criollista-popular) (11). El mercado de los textos escolares obligatorios (gramáticas castellanas, compendios de historia, lecciones de aritmética, etc.) fue el que quizás más estimuló el desarrollo de las empresas editoriales porteñas (Eujanian, 1999; Szir, 2007). Asimismo en esta etapa se publicaron libros de derecho, administración, historia, viajes y exploraciones, religión y medicina. La iniciativa más importante entre las colecciones literarias de fines de 1870 a 1880 fue “La Biblioteca Popular de Buenos Aires”, dirigida por Navarro Viola. El plan preveía la publicación de doce volúmenes anuales. Cada entrega mensual era un tomo en octavo, que contenía una docena de textos misceláneos (traducciones de novelas, cuentos, ensayos moralizantes).

A fines del siglo XIX, la producción de libros en Buenos Aires estuvo en manos de tres figuras: impresores, libreros y editores (estos sin librería ni imprenta) (12). Los primeros constituían el grupo más numeroso, que se puede subdividir en imprentas comunes e imprentas de diarios, además de libros (13). El segundo grupo estaba formado por siete u ocho librerías-editoras, que delegaban el trabajo de impresión (a excepción de la “Imprenta y Librería de Mayo”). Generalmente se caracterizaban por una mayor especialización temática. En estos casos, la cantidad de empresas vigentes guardaba estrecha relación con la cantidad de títulos impresos. Es de destacar que en estas librerías, la publicación y venta de libros solía completarse con la venta de periódicos, papelería, artículos de escritorio o estampillas de colección. El tercer sector, de los editores, en el momento de su emergencia, fue un grupo reducido, de escaso volumen de producción, pero significativo por sus emprendimientos, de intención formativa o meramente comerciales (14).

### El caso de las publicaciones periódicas

A principios del siglo XIX, a este fenómeno literario en expansión debe sumarse la aparición de periódicos. La *Gazeta de Buenos Ayres* se constituyó como instrumento de la propaganda oficial del gobierno. Testimonio de ello es la publicación de decretos de la Junta, bandos del Cabildo, informes del Ejército, junto con artículos de intención patriótico-didáctica escritos por la elite porteña. Este órgano de difusión fue suprimido por Rivadavia y reemplazado por el *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires* (1821). Entre 1810 y 1820 aparecieron (y murieron) en la ciudad más de cien periódicos, calificados por los historiadores como meros “libelos” o “pasquines” (15). Casi todos ellos eran órganos de difusión que tenían que ver con las transformaciones sociales y los debates políticos del momento. Las publicaciones periódicas ejercían una fuerte presión ideológica y forjaban la nascente “opinión pública”. La expansión de las publicaciones periódicas, luego de la ley de libertad de imprenta de 1822, fue notable (16). Pero el relativo florecimiento de la prensa durante el período rivadaviano se vio limitado durante la etapa rosista, si bien se editaron periódicos de ideas federales, y algunos opositores (17). Estos últimos estuvieron sujetos a una fuerte censura gubernativa y a una política persecutoria (desde la “ley mordaza” de 1828, hasta los decretos de 1829 y 1832). Igualmente es de destacar que en

la década de 1830, los diarios incorporan la publicación por entregas y el folletín, aunque su aceptación no fue inmediata y se desarrolló décadas más tarde.

Luego de Caseros resurgiría la prensa política, liberal o republicana, como una pieza clave para la conformación de la opinión pública. La renovación política condujo a la aparición de nuevas publicaciones, ascendiendo a partir de 1852 a treinta periódicos nuevos (18). A mediados y fines de siglo, la edición de diarios empleaba imágenes grabadas tomadas de publicaciones extranjeras o adquiridas como “clisés” prefabricados en Europa, cuya reproducción se repetía dentro de un mismo periódico y en otros (Szir, 2008). En el campo de la ilustración se destacaron las imágenes litográficas de *El Mosquito*, periódico “satírico-burlesco con caricaturas” (1863-1893) que, si bien no inauguró el género, fue el de mayor difusión y continuidad (19). Otros periódicos, la mayoría de efímera existencia, combinaron lo textual con lo visual en esta misma etapa (Cavalero, 1999; Auzá, 1999, Szir, 2008) (20).

La profusión de diarios de gran formato y diagramación uniforme de los años 1860-1870, se cimentó en una dependencia del Estado o de los partidos o facciones políticas que los subvencionaban. El grupo de las imprentas exclusivamente de diarios fueron tan solo dos o tres (*La Tribuna*, *The Standard* y, quizás, *El Nacional*) pero crecieron en la década siguiente y formaron parte del mercado editorial. En el decenio de 1870 habían aparecido sesenta y dos publicaciones periódicas nuevas, de las cuales diecisiete duraron al menos cinco años. En la década de 1880 aparecieron ciento noventa y dos nuevas publicaciones, de las cuales treinta y dos perduraron por un lapso de varios años.

El desarrollo material de la prensa en Buenos Aires (en cuanto a la cantidad de ejemplares, a la variedad de géneros y a la profusión de títulos), contribuyó decisivamente en la década de 1880 a la formación de un mercado editorial, que poco después, sin embargo, comenzó a ganar autonomía respecto del campo periodístico. En 1879 y 1880, entre las veinte primeras empresas editoras, diez eran imprentas de diarios; en 1886 y 1887, eran sólo cuatro (Pastormerlo, 2006). Desde 1880 hasta fines de siglo los principales periódicos (*La Prensa*, *La Nación*) adoptaron nuevas estrategias discursivas, de formación de la opinión pública. Así se amplió la producción y distribución periodística y aparecieron nuevos productos como revistas y magazines, algunos especializados (Cf. Cavalero, 1999; Eujanian, 1999; Alonso, 2007, Szir, 2007) (21). A fines del siglo XIX, a la cantidad de productos que circulaban se les oponía la disputa por los anunciantes y por el público, que llevaba a cierta replicación de formatos y recursos. De esta manera los diarios tomaron a préstamo el contenido variado de misceláneas y noticias de actualidad, incorporaron una profusión de títulos y avisos, copiaron el uso de dibujos, grabados y fotograbados que atraían fuertemente a los lectores y buscaban su entretenimiento. La expansión de la edición ilustrada (que no gozaba de amplia popularidad a mediados de siglo XIX) se produjo a partir de la década de 1890, cuando surgió el formato de semanario popular que fusionó un periodismo de corte masivo, con la revista artístico-literaria y la prensa satírica. Uno de los grandes impulsores fue la revista *Caras y Caretas* (1898).

Asimismo, algunos periódicos de principios del siglo XX ofrecerían colecciones de libros o “bibliotecas” de autores selectos. De esta forma, el naciente campo periodístico comenzó a ser sensible a la lógica del mercado, utilizando recursos del modelo norteamericano: primacía de las noticias, utilización de titulares en primera plana y grandes encabezados, difusión de imágenes y caricaturas, ampliación de avisos comerciales ilustrados. Estas estrategias de presentación, interpelación y venta al público reconfigurarían el campo de la edición porteña (Eujanian, 1999; Alonso, 2004; Pastormerlo, 2006).

### Los modos de apropiación y las prácticas de lectura

Los lectores porteños del período independiente se formaron durante la dominación hispánica y, por lo tanto, en sus consumos culturales coexistieron elementos tradicionales e innovadores. Las preferencias de los lectores se desenvuelven en medio de la tensión cultural sostenida entre el pasado colonial y el nuevo período independiente. Se puede afirmar que el período analizado es un momento de inflexión y de progresiva mutación de los gustos estéticos de los miembros de la elite porteña. Luego de la década de 1820, se producirá un proceso de diversificación social de la cultura impresa que se diferenciará claramente de las prácticas de lectura del período colonial, signada por los textos religiosos. Durante el período rivadaviano se desarrolló una producción literaria vinculada a la ideología republicana cuyo objetivo era difundir valores de orden cívico-moral. En este sentido, la esfera de lo estético pasó a ocupar un lugar secundario frente a lo político, y la figura del escritor se fundió con la de “publicista” del régimen (Myers, 1998, p. 37-38).

En la primera mitad del siglo XIX, los hábitos de lectura no se modificaron rápidamente y existieron complejas apropiaciones textuales (Parada, 2007, p. 58). De todas maneras, la tendencia fue el gradual abandono de los títulos teológicos y jurídicos (ya fueran en latín o en español) y su reemplazo por libros de política, historia, educación, ciencias puras y aplicadas, artes u oficios y literatura (novelas epistolares, relatos de viajeros, obras de gramática y retórica). Es de destacar que la difusión de determinados géneros literarios novelescos se debió a la influencia del movimiento romántico. A su vez, fueron traducidos y publicados diversos

pensadores del iluminismo. También proliferó la bibliografía “napoleónica”, que encontró su máximo apogeo hacia 1816. Las publicaciones de los denominados “publicistas de la Revolución de Mayo” también ejercieron una gran influencia entre los círculos letrados (23). En la década de 1820 se difundió la literatura, en particular la novela. La variedad temática de las obras ofrecidas hacia el final del decenio y su actualidad respecto a las ediciones europeas da cuenta de la apertura comercial de Buenos Aires y el peso de la importación de libros por anglosajones y franceses.

Entre los sectores más acomodados, los libros se apropiaban a través de la adquisición directa, pero también circulaban intercambiados y leídos en círculos de familiares, colegas y conocidos. Asimismo las obras se canjeaban en librerías, se adquirían en liquidaciones o “baratillos” e incluso se apelaba a una solicitud a través de un aviso en la prensa. Algunos textos poseían firmas autógrafas, *ex libris* y anotaciones o “marginalias”, que denotaban la posesión (Parada, 2007). En las casas particulares se realizaba una forma de lectura, tanto íntima o silenciosa como colectiva y comentada, cuando se realizaban reuniones y tertulias hogareñas. Entre 1810 y 1830, surgieron en Buenos Aires, a imitación de Europa, Sociedades Literarias y Culturales. La ciudad de Buenos Aires contaba también con varios cafés donde se difundían diversos aspectos de la cultura impresa (24).

Los grupos urbanos poco alfabetizados o analfabetos (que eran la mayoría de la población) accedían al contenido de los textos en circulación a través de intermediarios que recitaban versos y relaciones gauchescas. Asimismo, a través de la lectura pública conocían el contenido de los “documentos” gubernamentales (reglamentos, bandos, proclamas, manifiestos, circulares, órdenes del día, reglamentos, entre otros) incluso las noticias notables de los diarios y los carteles de propaganda. La heterogénea variedad de textos influyó en la mayoría de los grupos sociales. Estos desempeñaron un papel fundamental para acceder al mundo de la cultura impresa por parte de aquellos que carecían de libros (Parada, 2007, p. 72). Se crearon de esta manera mecanismos particulares de circulación y de apropiación de los impresos, fundamentalmente en las tiendas o “esquinas”. Entre este tipo de ediciones de “folletos” cabe mencionar a los almanaques, que tuvieron gran aceptación del público, por ser de consulta rápida, fácil lectura y por tener un precio accesible.

Entre las prácticas sociales de lectura en los espacios públicos urbanos, se destacaron las ceremonias luctuosas y las “fiestas mayas” cívicas, con la inscripción de leyendas y oraciones en los túmulos y la recitación de odas y poemas, colocados en las arquitecturas efímeras (Costa, 2008). En la década de 1820, la poesía pública (épica y dramática) fue patrocinada por el propio Estado porteño. En ella se desarrollaban tópicos vinculados a la reivindicación de la Revolución de Mayo o de las Guerras de Independencia o al ejercicio ilustrado de la ciudadanía. En la concepción general de la elite intelectual rivadaviana la literatura poseía una determinada misión colectiva y propagandística. Por este motivo la lectura de obras como “ceremonia cívica” se realizaba frente a un auditorio y las funciones teatrales iban dirigidas a amplios sectores de la población (Myers, 1998). De esta manera, puede hablarse de ciertas instancias de circulación de los escritos, de carácter colectivo y oral. A esta práctica social, en la que se incluye la “lectura de oídas”, se contrapuso la “lectura libre”, privada, placentera e íntima. Esta se planteó no sólo como lectura silenciosa sino también como comentada y discutida en voz alta, en el ámbito de la familia o del círculo de amistades. Este modo de leer vinculado al ocio (ajeno a la “lectura programada” de las instituciones educativas) fue empleado como forma de difusión por los escritores románticos (Batticuore, 2005, p. 101-107). En sus obras, estos autores construyeron discursivamente una visión arquetípica de sus destinatarios, entendidos como lectores elegidos e ilustrados, diferenciados del resto del pueblo escasamente alfabetizado (Ídem, p. 113-114) (25).

Desde los años de 1860 las publicaciones periódicas incorporaron estrategias de adopción de un público poco alfabetizado y sin hábitos literarios. Así, en las columnas de opinión política se incluían noticias varias, chismes, folletines, que compartieron el mercado con otros géneros como los pasquines, los poemas gauchescos, las payadas. El mencionado voceo callejero fue otro modo de acceso al material impreso por parte de sectores más amplios de la población. De esta manera, se fundaban nuevos espacios de circulación de las publicaciones, alejados de los mecanismos más selectos como el circuito de las librerías, integrado en parte a las adquisiciones bibliotecarias. En el caso excepcional de las Bibliotecas Populares (1870), los lectores se dividían entre los que sabían leer y los que iban a oír leer. En las bibliotecas acudían voluntariamente vecinos que oficiaban de “lectores públicos” para los analfabetos. En el siglo XIX, las lecturas en voz alta no eran exclusivas de los sectores populares, ya que se desarrollaron también en las tertulias organizadas en las trastiendas de las librerías o en casas particulares de los miembros más acomodados de la sociedad porteña.

De todas maneras, en la década de 1870 se produjo una expansión y diversificación del público lector (dentro de las capas medias y bajas urbanas y rurales), lo que implicó un mayor número de personas en condiciones de acceder a las obras literarias y a los diversos géneros periodísticos, ya sea por el nivel de alfabetización (con la consiguiente adquisición de capacidades intelectuales) o por la ampliación de los circuitos de circulación (Prieto, 1988; Eujanian, 1999). La sanción de la ley de educación común (1884) repercutió también en la lectura y propició el crecimiento del público infantil y femenino (Szir, 2007). Igualmente, más allá de la incidencia del grado de escolarización, el interés por la lectura dependió de los cambios en la percepción de los escritores y

editores en vías de “profesionalización”, como así también de las transformaciones en la presentación formal de los impresos y los modelos de publicación (Eujanian, 1999, p. 557-558).

## A manera de conclusiones

Debido a la complejidad de la problemática analizada, se requiere de un enfoque interdisciplinario y unificado que aborde conjuntamente la historia de la edición de libros y publicaciones periódicas y las prácticas de lectura en Buenos Aires durante el siglo XIX.

En primer lugar, se tuvieron en cuenta los talleres de impresión y las librerías en Buenos Aires, con el fin de conocer las condiciones de la importación, la publicación y la comercialización de libros y otros textos, en las que confluyeron aspectos materiales, técnicos, organizativos, económicos y políticos (incluso controles ideológicos y censuras gubernativas). La edición a nivel local adquirió interés como indicador de las continuidades y los cambios socio-culturales a lo largo del siglo. Se trató de definir la producción tipográfica de las distintas imprentas porteñas y la oferta de productos impresos de las librerías, tiendas u otros puestos de venta al público. Desde una perspectiva cualitativa, se trazaron algunas líneas de actuación en la actividad editorial por parte de los diversos establecimientos, incluyendo a los editores. En segundo lugar, se consideraron los contenidos de los impresos y las maneras de acercamiento a los mismos por parte de los diversos lectores u oidores. Asimismo, se abordaron las prácticas lectoras en relación con las tendencias literarias y las modas de la época. La difusión social de la información, fue estudiada no sólo a través de los libros y publicaciones periódicas como vehículos de transmisión, sino también de otros textos que circulaban en los espacios urbanos (papeles sueltos, poesías, inscripciones, etc.). Se atendió en particular a las prácticas de lectura, no sólo a la silenciosa e individual sino también a la proclamada en voz alta en ámbitos públicos. Por último, se analizaron las características de la historia de la edición en Buenos Aires, teniendo en cuenta los esfuerzos que realizaron los impresores-libreros, las casas editoras y los editores particulares por abastecer un mercado, en competencia directa con otras industrias del libro, en el marco de los diversos cambios seculares.

En función del análisis realizado se pudo establecer una periodización, de carácter general, con cinco etapas diferenciadas. Una primera, entre 1810-1820, caracterizada por el predominio del material importado, si bien se imprimieron libros (políticos, históricos, pedagógicos), diarios y documentos acordes con los intereses de los gobiernos patrios. Un segundo momento, a principios de la década de 1820 hasta el advenimiento del rosismo, identificado con el orden ‘cívico e ilustrado’ forjado por los publicistas del régimen rivadaviano, donde se produce cierto crecimiento del comercio librero, en manos de extranjeros. Luego, de 1828 a 1852, un tercer período determinado por el régimen rosista, de gran limitación y caída de las publicaciones locales (salvo las oficialistas), pero también asociado a los escritores románticos. Una cuarta fase, desde 1852 hasta la década de 1880, signada por un crecimiento sostenido de las publicaciones (incluidas las periodísticas) junto con una ampliación y diversificación del público lector. Por último, desde 1880 hasta el decenio de 1900 una etapa de surgimiento de un mercado editorial, en sentido moderno del término.

## Notas

1) Dentro de la perspectiva historiográfica “tradicional” de la historia de la imprenta y del libro (de las décadas de 1930 a 1970) se encuentran los estudios de Ugarteche, Torre Revello, Furlong, Piccirilli, Vázquez, Urquiza Almandoz, Buonocore. De los “clásicos” de la historia del periodismo argentino se pueden mencionar a Buceta Bacigalup, Beltrán, Fernández, Galván Moreno, Cimorra, etc. Dentro de la historiografía más actual son significativos los aportes de Eujanian, Cavalero, De Sagastizabal, Batticuore, Parada, Pastormerlo, Szir, entre otros.

2) En el Río de La Plata, a principios del siglo XIX, se aprendía a leer memorizando el abecedario por medio de *Cartillas o Silabarios*, para luego enfrentarse a los primeros libros de lectura de corrido.

3) Este trabajo se encuadra en el proyecto de investigación PID/UNLP “*El libro en el Río de la Plata: Modificaciones de este producto editorial desde 1810 a la actualidad*” dirigido por Claudia Fila.

4) La pertenencia étnica se reflejaba en muchos casos en el nombre del establecimiento, como la Librería Inglesa de los hermanos Mackern, la Hispanoamericana de Hortelano, la Europea de Jacobsen, la Española de los hermanos Real y Prado, la Librairie Française de Escary y Espiasse, La Patria italiana de Barbieri, etc.

5) En la década de 1810 se puede citar los establecimientos de Dubois, Poroli, Pozo y Rocha, Castro, Ochagavía y las “casas” de Gálvez, Barros, Aracena, Galup. En la de 1820 se puede mencionar la de Ezeiza, los Larrea, Marcel, Minvielle, Riesco, Osandavaras, Ortiz, Gomez de Castro y Viñales, Duportail, Laty, junto con la librería de la Independencia. Las librerías más importantes del período publicitaban de 110 a 508 títulos (Parada, 2007).

6) Un ejemplo temprano es el 'Catálogo de la Librería de Duportail Hermanos' (1829).

7) A principios de siglo las obras, generalmente en formato “quarto”, solían estar encuadernadas en rústica, en pergamino (flexible y a la romana) o en media pasta española. (Costa, 2008).

8) Por ejemplo, la Academia de Dibujo (1815), la Academia Teórico-Práctica de Jurisprudencia (1815), la Sociedad Filantrópica de Buenos Aires (1815), la Academia de Matemáticas y Arte Militar (1816), el Colegio de la Unión del Sud (1818), la Academia Argentina (1827), entre otras.

- 9) Son de destacar la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1810), la Biblioteca de la Sala de Comercio Británica (1811), la Biblioteca Circulante de H. Hervé (1826), los Gabinetes de Lectura de la Librería Duportail (1829) y de la Librería Argentina de Sastre (1835) y el proyecto de Casino Bibliográfico de Hortelano (1854).
- 10) Se editaban proyectos de obras públicas, boletines, memorias ministeriales, textos legislativos, documentos gubernamentales, diarios de campañas militares, reglamentos societarios, programas educativos y, sobre todo, libros escolares costeados por el Tesoro Nacional para ser repartidos en escuelas y bibliotecas públicas o populares (Eujanian, 1999; Pastormerlo, 2006).
- 11) Entre 1885-1900 la producción literaria fue la más dinámica del mercado editorial en formación, si bien no estaba concentrada en las principales empresas: muchos editaban textos literarios, y cada uno editaba pocos títulos (Pastormerlo, 2006).
- 12) Tres rasgos definirían al “editor profesional”: independencia de su actividad respecto de la puesta en circulación del producto en la librería; control financiero y literario de la publicación; iniciativa en la elaboración de proyectos editoriales, que incluye la definición de las características formales o estéticas y de contenido del impreso (Eujanian 1999, p. 570, 572). En Buenos Aires de la década de 1880, la figura del editor se hallaba en formación dado el incipiente mercado editorial, y la utilización del término era ambigua (Pastormerlo, 2006).
- 13) El de las imprentas comunes fue el grupo predominante y menos variable: representó aproximadamente la mitad del total de empresas, dominó el mercado del libro y no atravesó cambios significativos durante la década de 1880.
- 14) Es de destacar por ejemplo, para la década de 1880, la labor de Irujo quien se inició como editor de obras nacionales y populares. Sin imprenta propia, recurrió a distintos establecimientos tipográficos (Stiller, Sud-América, Bernat) y creó en 1885 la “Biblioteca Económica de Autores Argentinos” (Pastormerlo, 2006).
- 15) Entre las ediciones del período se destacaron, además de *La Gazeta de Buenos Ayres* (1810), *El Correo del Comercio* (1810), *El Grito del Sud* (1812), *El Censor* (1812), *Mártir o Libre* (1812), *El Redactor de la Asamblea* (1813), *Unión Argentina* (1814), *Los Amigos de la Patria y de la Juventud* (1815), *El Independiente* (1815), *El Americano* (1815), *La Prensa Argentina* (1815-16), *El Observador Americano* (1816), *El Redactor del Congreso* (1816), *La Colmena* (1816), *La Crónica Argentina* (1817), *El Independiente del Sud* (1818), *El Abogado Nacional* (1818), *El Aviso* (1819), *El Teofilantrópico* (1819), etc.
- 16) Igualmente se favorecieron los periódicos que ofrecían versiones oficiales o unitarias como *El Argos de Buenos Aires* (1821), *El Ambigú* (1822), *El Centinela* (1822), *El Ciudadano Imparcial* (1823), *El Mensajero Argentino* (1825) y se limitaron los producidos por el padre Castañeda y otros opositores.
- 17) *La Gaceta Mercantil* (1823-1852) se convirtió en el periódico oficial de Rosas. Fue publicado por la imprenta Hallet y Cía. con un formato de gran folio desde 1827 hasta su desaparición. Los diarios federales que se editaron durante el rosismo fueron, entre otros: *La Argentina* (1830), *El Mercurio Bonaerense* (1830), *El látigo Federal* (1831), *El Diario de la Tarde* (1831), *El Cometa Argentino* (1831), *El Rayo* (1833) el *Diario de Anuncios y Publicaciones Oficiales de Buenos Aires* (1835). A estos se suman periódicos (rimados o en prosa) de carácter popular como: *El Torito de los Muchachos* (1830), *El Gaucho* (1830), *La Gaucha* (1831), *El Avisador* (1833), *El Gaucho Restaurador* (1834). Entre los opositores se encontraban: *Mártir o Libre* (1830), *La Moda* (1837), *El Grito Argentino* (1839) y el ¡*Muera Rosas!* (1841), etc.
- 18) Cabe mencionar a *El Nacional* (1852), *Los Debates* (1852), *La Ilustración Argentina* (1853), *El Centinela* (1853), *La Tribuna* (1853), *La Nación Argentina* (1862), *El Mosquito* (1863) *La Revista de Buenos Aires* (1863), *La República* (1867), *La Prensa* (1869) etc. También es necesario referirse a los diarios extranjeros, sobre todo a partir de 1870
- 19) Anteriormente se editaron *El Gauchi-Político-Federi-Montonero...* (1820); *El Padre Castañeta* (1852); *La Cencerrada* (1855); *El Hablador* (1855); etc.
- 20) *El correo del domingo* (1864), *El Plata ilustrado* (1871), *El correo americano* (1881), *La ilustración argentina* (1881), *El Álbum del hogar* (1885), *Las provincias ilustradas* (1887), *Buenos Aires ilustrado* (1887), etc.
- 21) Entre ellos se encuentran los periódicos y revistas dirigidos a la infancia como *La ilustración de los niños* (1880), *El escolar* (1885), *La ilustración infantil* (1886), *El mentor argentino* (1886), *El escolar argentino* (1887), *El periódico de los niños* (1887) o el *Diario de los niños* (1898), etc.
- 22) Los escritores románticos sí se arrogarían cierta autonomía frente a las demandas sociales y políticas, pero su injerencia se desarrollaría en las décadas subsiguientes (1830-1850).
- 23) Moreno por sus escritos políticos y jurídicos, Monteagudo por sus páginas de carácter político, Belgrano en mérito a sus ideas económicas, Gorriti por su prédica republicana, y el deán Funes debido a sus ensayos históricos.
- 24) En el Café de Marco se conformó la Sociedad Patriótica (1811). Durante el Directorio se creó la Sociedad Filantrópica (1815) y se fundó la Sociedad del Buen Gusto del Teatro (1817).
- 25) En el caso de las escritoras románticas, Batticuore distingue la “autoría escondida” (en el anonimato, el seudónimo o la escritura privada), la “autoría exhibida” (en la publicación y la firma) y la “autoría intervenida” (por un mediador masculino).

## Bibliografía

- Alonso, Belén. “Identidades escritas. Periodismo y política en la construcción de la Argentina Moderna 1810-1900” En: *XI Jornadas Nacionales de Investigación en Comunicación*. Mendoza, UNCuyo, 2007.
- Alonso, Paula (comp.). *Construcciones Impresas, Panfletos, Diarios y Revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 203-242.
- Auza, Néstor Tomás. *La literatura periodística porteña del siglo XIX*. Buenos Aires. Confluencia, 1999.
- Batticuore, Graciela. “La lectura, los escritores y el público. 1830-1850”. En Batticuore, G. Gallo, K. y Myers, J. (comps.) *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 101-117.
- Batticuore, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- Buonocore, Domingo. *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*. Buenos Aires, Bowker editores, 1974.
- Burke, Peter ¿*Qué es la historia cultural?* Barcelona, Paidós, 2006.

Cavalaro, Diana. *Las revistas ilustradas en el siglo XIX* Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.

Chartier, Roger, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid, Cátedra, 2000.

Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993.

Costa, María Eugenia et al. "Aportes para el análisis del discurso visual como documento histórico: intertextualidad y humor político en la imagen satírica de *El Mosquito*" En Guance, A (coord.). *Fuentes e interdisciplina*. Buenos Aires, IMHICIHU/ CONICET, 2007, p. 317-328.

Costa, María Eugenia. "Ámbitos de circulación de los primeros impresos posrevolucionarios" (*Buenos Aires, 1810-1820*), IV Jornadas de Investigación en Disciplinas Artísticas y Proyectuales. La Plata, UNLP, 2008.

Cucuzza, Héctor R. y Pineau, Pablo (dir.) *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en la Argentina*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2004.

Darnton, Robert. "Historia de la lectura". En Burke, P. *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1990, p. 177-208.

De Marco, Miguel Ángel. *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario de Mayo*. Buenos Aires, EDUCA, 2006.

De Sagastizábal, Leandro. *Diseñar una nación: un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Norma, 2002.

Eujanian, Alejandro "La cultura: público, autores y editores" En: Bonaudo, M. (dir.) *Nueva Historia Argentina*. Tomo IV. Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 545-605.

Eujanian, Alejandro. *Historia de Revistas Argentinas 1900-1950. La Conquista del Público*. Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.

Fernández, Juan Rómulo. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, Perlado, 1943.

Furlong Cardiff, Guillermo. "Los primeros libros y los primeros impresores argentinos". En: *Argentina gráfica*. Buenos Aires. Año 8 nº 89-90, 1943, p. 17-48.

Galván Moreno, Celedonio. *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*. Buenos Aires, Claridad, 1944.

Gaskell, Philip. *Nueva introducción a la bibliografía material*. Asturias, Trea, 1999.

McKenzie, Donald Francis. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid, Akal, 2005.

Myers, Jorge. "La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano". En: Aliata, F. y Munilla Lacasa, M. L. (comps.). *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de La Plata*. Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 31-48.

Parada, Alejandro E. *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires, UBA/Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, 2007, p. 57-112.

Pastormerlo, Sergio. "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial" En: De Diego, J. L. (dir.) *Editores y políticas editoriales en la Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006. p. 1-27

Petrucci, Armando. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona, Gedisa, 1999

Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Rípodas Ardanaz, Daisy. "Libros, bibliotecas y lecturas". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Planeta, 1999, t. 3 p. 247-279.

Rivera, Jorge. "El escritor y la industria cultural. El camino hacia la profesionalización (1810- 1900)" En: *Capítulo. Historia de la literatura argentina*. Vol. 3. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Rogers, Geraldine. *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*. La Plata, Edulp, 2008.

Romano, Eduardo. *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos, 2004.

Szir, Sandra M. *Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880-1910)*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.

Szir, Sandra M. "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX" Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008, p.1-31.

Torné, Emilio "La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura" En: *Litterae : Cuadernos de cultura escrita*. Año I, Nº 1, 2001, p. 145-178.

Ugarteche, Félix. *La imprenta argentina. Sus orígenes y desarrollo*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Canals, 1929.

Urquiza Almandoz, Oscar F. "Libros y bibliotecas" En: *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica: desde 1810 hasta 1820*. Buenos Aires, Eudeba, 1972, p. 171-234.



## MARÍA EUGENIA COSTA

Profesora en Historia, egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Maestrando en Gestión y Políticas Culturales, UP. Profesora adjunta de *Historia del Libro y de las Bibliotecas*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Docente de *Historia de las Artes Visuales II*, Facultad de Bellas Artes. Becaria de Formación Superior, UNLP en el área de patrimonio cultural. Investigadora del Instituto de Historia de Arte Argentino y Americano, Facultad de Bellas Artes, UNLP. Actualmente es integrante de los proyectos acreditados *Las producciones culturales efímeras en el espacio público porteño 1776-1910* y *El libro en el Río de la Plata: Modificaciones de este producto editorial desde 1810 a la actualidad*.